

ELIZABETH LÓPEZ CABALLERO

LAS
CARICIAS
QUE NO ME
DISTE

Multiverso 

Las caricias que no me diste

©Elizabeth López Caballero

© Multiverso Editorial, 2016

© Grupo Editorial Omniverso. 2016

Fotografía de portada y biografía por José Tándem

www.josetandem.es

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 978-1977895721

Depósito legal: CA-289

Printed in Spain

Primera edición: octubre, 2017

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

A mi madre y a la madre de mi madre: mi abuela.

A mis hermanas y a mi sobrina.

A todas las mujeres que luchan día a día por sobrevivir.

Prólogo

El día que conocí a Elizabeth sentí una sacudida. De esas que te dan cuando tu instinto intenta avisarte de algo. Nunca se me ha dado muy bien entender al universo, ni a mí misma, así que no supe descifrar si lo que trataban de advertirme era que tenía ante mí a alguien bueno o malo.

No imaginaba en ese momento que aquella joven —que decía estar muy ocupada— y que desprendía una energía arrolladora, iba a convertirse en muy poco tiempo en una persona imprescindible en mi vida.

Me habló de sus dos novelas publicadas y pensé «vaya, es posible». Cuando le dije que también escribía no dudó ni un segundo en animarme a intentarlo. Y esa ha sido desde entonces la tónica de nuestra relación. Ella ve en mí, cosas que yo misma no veo.

En *Las caricias que no me diste* Elizabeth nos cuenta una historia de desamor y dolor. Una novela desgarradora donde su protagonista, Carolina, comparte vivencias con una prostituta que le enseña a ver la vida desde otra perspectiva.

A Carolina le han roto el corazón, como nos ha pasado a todos alguna vez, y a su alrededor el mundo se para. Es gracias a su trabajo, a la sabiduría de su abuela y a las experiencias vividas por su amiga —sí, la prostituta que lleva mi nombre— que nuestra protagonista recoge y recompone los trozos de su maltrecha vida y sigue adelante.

Si quieren leer una novela que les enganchará desde la primera palabra, que les hará sentir y vibrar, llorar y reír, no pierdan la oportunidad de conocer *Las caricias que no me*

diste y adentrarse, de la mano de Elizabeth López, en un mundo del que no querrán salir.

Recuerda, amiga: Juntas, contigo como mi satélite, podemos conseguir todo lo que nos propongamos. No olvides que casi hacemos volar todo un planeta.

Zeneida Mirada

Las Palmas, a 14 de julio de 2017

*Yo no hablo de venganzas ni perdones,
el olvido es la única venganza y el único perdón.
(Jorge Luis Borges)*

*Si yo pudiera darte una cosa en la vida,
me gustaría darte la capacidad de verte a ti mismo a través
de mis ojos.
Sólo entonces te darás cuenta de lo especial que eres para
mí.
(Frida Kahlo)*

*Los seres humanos no nacen para siempre el día en que sus
madres los alumbran,
sino que la vida los obliga a parirse a sí mismos una y otra
vez.
(Gabriel García Márquez)*

*A la vida le ocurre lo que a la inteligencia y a la felicidad.
Si no la pones al servicio de los otros
no vale absolutamente para nada.
(José Luis Correa)*

In memoriam de Eulalia

La mujer de las mil historias y los chistes verdes. La de las noticias a las dos en la primera. La del cajón de los dulces y la del arroz con leche. La que me guardaba los secretos y me libraba de los castigos. La del olor a Mecánico Blanco y la del buchito de café. La que burló a la enfermedad y a la muerte durante años. La que decidió cuándo morirse. Porque era un poco así, *echa'pa'lante*. La que albergaba una inagotable fuente de sabiduría y para todo tenía un refrán. La mujer que llevaba la luna en su pelo de plata. Ella, la que me construyó a su imagen y semejanza. La de los valores. La de la paciencia. La de los cuentos... La mujer de la eterna sonrisa y gesto sosegado. La de las manos cruzadas sobre el delantal y un suspiro colgándole de la mirada. Ella, mi abuela, a la que llamaban Antonia, Eulalia, madre, abuela. A la que todos llamaban. A la que era imposible no amar. A la que es imposible olvidar.

1

Me llamo Carolina y estoy a punto de perder el norte. Creí haberlo perdido hace tiempo, pero no, ahí seguía, aunque mi brújula no supiera muy bien dónde estaba esa -N- mayúscula que debería darme todas las respuestas. Porque de eso va la cosa, de encontrar respuestas a todas las preguntas que me rondan por la cabeza. Sin descanso. Sin tregua. Pero no siempre he sido así. Hubo un tiempo en el que fui una chica normal. Hubo un tiempo en el que tuve un norte que se llamaba #lavidaesmejorcontigo hasta que se fue y, claro, ahora no sé muy bien hacia dónde dirigirme. Cómo reconducir mi vida o de qué forma hacer que mi GPS recalcule ruta. Mi amiga Dánae dice que cuando te pierdes literal o metafóricamente lo mejor es *"tirar pa'l sur"* que por lo menos allí hace calor. Pero no, lo mío no es un problema de puntos cardinales. Lo mío va más allá. Va de dudas, de miedos y de recuerdos que hacen saltar los puntos de sutura para que las heridas no puedan cicatrizar.

Veintiocho de diciembre de dos mil dieciséis

Siempre pongo tres alarmas. La primera me indica que es la hora de levantarse. La segunda que estoy en el ecuador del placer y la tercera es un #tíratedelacamaya en toda regla. Esa mañana no escuché ninguna de las tres veces ese horrible sonido que me indicaba que seguía viva y debía afrontar un nuevo día. No es que quisiera estar muerta o quizá sí. No eran buenos tiempos y la numerología de ese miércoles —día de los inocentes— no cooperaba. Cuando abrí los ojos las agujas del reloj hacían un ángulo recto entre el nueve y el doce. Las nueve en punto. La hora a la que empiezo a trabajar. De un brinco salí de la cama. Fui co-

rriendo al baño y mientras me lavaba los dientes intentaba meterme, a la pata coja, un vaquero. Me puse una camiseta blanca y las *All Star*. Eran las nueve y veinte de la mañana. Llevaba veinte minutos de retraso, y por si no lo había comentado, #mijefaesunacabrona. Terminé de arreglarme mientras me miraba en los cristales de los escaparates de camino al trabajo. La redacción está a cinco calles de mi casa. Trabajo en un periódico, donde entre las muchas cosas que hago, escribo artículos de opinión que deben levantar ampolla en el lector. Y la levantaban. Me había ganado, por méritos propios, la fama de sucia feminista. Feminista puede que sí, pero sucia... Bueno, esa mañana no pasé por la ducha, pero fue una cuestión de falta de tiempo, no de falta de hábito. Para más inri pillé todos los semáforos en rojo, así que tuve que decidir si perder la vida cruzando como las locas o perder mi trabajo. Lo último que recuerdo es el olor del alquitrán, un dolor en la cadera y la gente a mi alrededor llevándose las manos a la cabeza. Intenté levantarme, pero una señora me dijo que era mejor que esperara a la ambulancia. Que podía tener daños internos. Que la policía llegaría enseguida y que pronto estaría en el hospital. ¿En el hospital? Prefería morir bajo las ruedas del coche que casi me aplasta antes que ausentarme del trabajo y tener que escuchar las indirectas y sermones de la cabrona de mi jefa. Eso añadido a las horas extras que tendría que hacer por los días de baja. Me puse de pie y me sacudí el pantalón. Pensaba que no podía empeorar mi aspecto ese día, pero como cada vez que pienso, me equivoqué. «Qué no, señora, que estoy bien». «Qué sí, señora, que primero es la salud». «Qué no, señora, que no es tan fácil encontrar otro trabajo». La mujer y su buena fe solo estaban consiguiendo que me retrasara aún más y que pasara a ser una de las cuatro millones de personas que engrosaban las listas de desempleo en este país. Entonces me tocaron el hombro. Quise volverme y gritar: «¡qué estoy bien, coño!». Y fue ahí, cuando al volverme, me encontré con tu mirada

parda. Con tus hoyuelos en los cachetes. Con tu pelo cortito y castaño. Con una hilera de perlas que colgaban de tu sonrisa.

—Dios, lo siento mucho. El semáforo estaba en verde. Tú no deberías haber cruzado. De verdad, ¿estás bien? ¿No quieres ir al médico? Si es por dinero no te preocupes, mi seguro lo cubrirá todo.

Me agarraste por ambos hombros como si temieras que fuera a romperme. Como si las costuras que cosían a la mujer en la que me había convertido estuvieran a punto de saltar por los aires y dejar al descubierto que no era más que una muñeca hecha de trapos. Los demás coches se impacientaron y empezaron a tocar la pita. Si no había sangre, si no había muertos, ¿por qué tanto alboroto?

—Eh, no, de verdad, estoy bien. Fue una caída tonta. Apenas me rozaste. Creo que me tiré yo por el propio miedo. Además crucé en rojo, *mea culpa* —no podía parar de hablar.

—Mira, te dejo mi tarjeta. Por favor, te ruego que si notas cualquier dolor o molestia no dudes en llamarme.

Cogí la tarjeta sin apartar los ojos de la hierba de tus ojos, un remanso de paz en el que quedarse a vivir. La guardé en el bolsillo del pantalón. Los coches seguían tocando la pita. Vi como te subías a tu Audi A7 gris metalizado. El teléfono del trabajo no dejaba de vibrar dentro del bolso. Aligeré el paso. Diez menos diez.

—¡Eh, oye!

Corrías hacia mí.

—¿Necesitas que te lleve a algún sitio? ¿Al trabajo, por ejemplo? Es que me siento un poco culpable.

—No, gracias. Trabajo a dos calles de aquí. Mejor me doy prisa porque ya llego bastante tarde y no creo que mi jefa se crea que casi me atropellan.

—Dime, al menos, cómo te llamas.

—Carolina.

Sonreíste. Me despedí de ti con la mano y seguí mi camino.

Llegué a la redacción a las diez en punto.

—¡Joder, Carolina! ¿Dónde te habías metido? La bruja ha preguntado tres veces por ti. Te he llamado como una loca. Y qué pintas que traes, bonita.

—Si te lo contara no me ibas a creer, amiga.

—Inténtalo. ¡No me fastidies! ¿Cogiste cacho anoche?

—Dánae, eres una vulgar. Qué cacho ni san cacho. Ni que fuera un perro, además sabes que eso está cerrado por vacaciones indefinidas.

—Un perro no, amiga. Pero no te vendría mal un poco de *perreo*.

—No seas guarra y guarda esa lengua. Anoche solo estuve hablando con mi abuela, largo rato...

—¿Y qué tal?

—Bueno, es complicado. Esta mañana me levanté tarde y de camino aquí casi me atropella un coche. Fin de la aventura.

—¡Psss, tampoco es tan emocionante!

—Yo no dije que lo fuera.

—Seguro que casi te atropella uno de esos viejos que ven menos que tres montados en un burro.

—Pues no, insensible. No me atropelló un señor mayor, sino un jovencito.

—¿Y estaba bueno?

—No, bastante normal. Del montón.

Vi la decepción en la cara de mi amiga, no había nada que le gustara más a la pobre que un culo prieto y unos hombros anchos. Abrí el Mac para terminar de corregir el artículo que tenía que salir publicado esa semana y pude ver en la pantalla el reflejo de mi jefa al acercarse.

—Buenas tardes, Carolina. ¡Y bien tardes!

—Buenos días, Sofía. Siento el retraso. No lo va a creer pero esta mañana casi me atropella un coche.

Su carcajada silenció las teclas de los ordenadores de los demás periodistas.

—¿Y eres como las gatas, tienes siete vidas? Querida, he

escuchado excusas mejores. Supongo que tendrás el artículo listo.

—Sí, estaba echándole un último vistazo.

—Carolina, lo quiero para ayer. ¿Me has oído? ¡Para ayer! Y no te olvides de quedarte una hora más.

Asentí y me puse a leer el artículo que saldría publicado en mi columna.

Reflexiones de una sucia feminista

El placer de amar a un maduro

Compos sui, así definiría yo a un hombre de cincuenta años. Dueño de sí mismo. ¿Y por qué? Porque las mujeres estamos un poco cansadas, hartas, hastiadas, de los cuerpos duros y las mentes blandas.

De las prisas de juventud, corre para aquí, córrete por allá y al final no sabes dónde ni con quién te andas corriendo. Los jóvenes tienen miedo de que se les arrugue el sexo. No sufran, no se arruga, gana experiencia.

Los jóvenes son mecha de volador en la cama, se encienden y se apagan a la misma velocidad. Se olvidan de que primero vienen los preparativos de la fiesta, los adornos. Que se anuncia poco a poco, se disfruta del baile, de la melodía que acompasa a dos cuerpos separados por el vello erizado de ambas pieles, y ya por último los fuegos artificiales, que duran más, que son dignos de admirar... Los voladores solo hacen ruido y asustan. Y las mujeres de hoy en día no queremos asustarnos.

Por eso merece la pena amar a un hombre de cincuenta, porque como dijo Augusto al lamentarse por la irreflexión de uno de sus comandantes: festina lente, apresúrate lentamente y llegarás antes a un trabajo bien hecho.

Un hombre de cincuenta es un soldado de la vida bien entrenado, ha errado más veces de las que ha acertado, y este es su mejor tesoro. Ha aprendido qué sí y qué no. Suele ser un hombre paciente, la prisa por vivir se ha sosegado, se le ha calmado el ánimo y ahora, con la juventud acumulada, sabe disfrutar del dulce sin deshacerse de su envoltorio.

Con un hombre de cincuenta siempre te divertirás. Ya no tiene complejos, no quiere impresionar a nadie. Sabe reírse de sí mismo, así como es conocedor del gran atractivo que

eso genera en una mujer. No mira si te sobran kilos o te falta pecho... Sabe que no se debe pedir pan si no se tiene dientes.

Un hombre de cincuenta ha tenido varias relaciones y ha aprendido de cada una de ellas. No es perfecto, pero tampoco pretende serlo, y doy por sentado que mienten menos, las mentiras que tenían que contar ya se quedaron en el camino de pasados fracasos.

Son sensibles, han desarrollado la capacidad de escuchar y de no hablar cuando saben que las mujeres lo interpretaremos a nuestro antojo.

Un hombre de cincuenta huele a café recién hecho con un toque de canela y tiene las manos de terciopelo. Sabe disfrutar de las cosas sencillas. Un paseo bajo la luz de la luna, una tertulia con amigos, una mirada que dice lo que no se atreve el corazón.

El hombre de cincuenta duerme poco y folla mucho.

Y siempre se asegurará de que tú disfrutes. Ha cultivado muchos campos, algunos se han marchitados, otros han sido devastados por alguna plaga, así que ahora riega y mimma la planta para que florezca, aunque en ello se le vaya la vida. Sembrará en el terreno de tu cuerpo un jardín de azahar y se sentará cada noche a admirarlo.

A esa edad se han caído las caretas, lo que ves es lo que hay. No son perfectos, insisto, pero, ¿acaso no hay mayor perfección que la de quien no pretende serlo?

Sé que muchos dirán que los jóvenes también tienen cientos de cualidades, y las tienen, pero les sobra rapidez y les falta tiempo. Sé que otros muchos dirán que hay hombres de cincuenta que son eternos Peter Pan, y quizá los haya... pero a pesar de todas las opiniones, que como sabores de chocolate hay, un hombre de cincuenta es el inicio del verso que arropa el sexo que no se arruga.

2

Eulalia

Carolina, Carolina, sabes que te he dicho muchas veces que no se puede vivir siempre en un «ay». Y tú, chiquilla, estás cogiéndole el gusto. ¿Qué es eso de que no te escucho? ¿Qué es eso de que es complicado hablar conmigo? ¡Pero si no hago más que escucharte y estar pendiente de ti!

Mira, presta atención, tu abuela quiere contarte algo, que creo —no estoy segura porque esta cabeza mía no da para más— que no te he contado. ¿Sabes cómo conocí a tu abuelo? ¿No? ¡Ay, parece que fue ayer! Yo tenía unos quince años, era una buena moza. Alta, delgada, con la melena larga, como ahora, pero por aquel entonces rubia. Llevaba un vestido largo con canacán que me había hecho mi madrastra, no sé si alguna vez te conté que mi madre, tu bisabuela, murió cuando yo tenía nueve años y me quedé a cargo de mis dos hermanos pequeños y ayudando a mi padre en el campo. Así fue como empecé a fumar, pero eso te lo cuento en otro momento. Como te iba diciendo, llevaba un vestido largo rojo con lunares blancos y unas Mercedesitas a juego. Rondaba el año mil novecientos treinta y nueve. Acababa de terminar la Guerra Civil. Una guerra que duró dos años, ocho meses y quince días. Pero eso lo sabrás tú que sé que eres muy lista. El uno de abril de mil novecientos treinta y nueve, Franco declaró su victoria y estableció una dictadura que duró treinta y cinco años. Tú por aquel entonces no estabas ni pensada, querida. Pero fueron años de muchas penurias.

Aun así, una intentaba ponerle un poquito de azúcar a las amarguras y nos escapábamos a algún baile a conseguir